



EL DÍA DE LA VELLA

Mari Carmen MIRA MARIN

Todos los años, coincidiendo con la mitad de la cuaresma cristiana, celebramos en Agost una de las dos fiestas locales que nos corresponden según el calendario nacional. El día de «la Vella».

El porqué de esta celebración no está del todo claro, ya que existen varias versiones sobre su significado. Pero antes de profundizar en el pasado, tendremos que analizar su contenido actual.

Hace tres años, la asociación cultural «fang i raim» intentó, con mucho éxito, despertar de su letargo una tradición que, como tantas otras, forma parte de la cultura de nuestros pueblos. Se convocó un concurso de «velles» y «cartels», con el fin de que las gentes realizasen aquel acto que durante tantos años se había hecho de forma espontánea. Desde entonces, el gran interés suscitado desde un principio ha estado alimentado por el trabajo y el esfuerzo de los vecinos de Agost, que han revivido con verdadero entusiasmo situaciones que les traladaban a épocas pasadas, épocas de sus padres e incluso de sus abuelos.

La mañana del día de «la Vella», todas las calles aparecen adornadas

con unos muñecos de tamaño natural y fabricación casera, que hacen alusión a la problemática de la tercera edad, sobre todo a su visión de la juventud y a la añoranza de sus tiempos mozos. Viéndose todo esto reflejado en los típicos carteles, tan importantes dentro de la fiesta (foto).

Sobre el mediodía, los monumentos se dejan en los balcones y lo que sí parece recordarse con más exactitud, ya que en la práctica no se ha visto interrumpida, es la comida campestre, que se prepara en todas las «cuadrillas» de amigos. Antiguamente solían degustar la «olla en blat», pero en la actualidad este plato se ha sustituido por la típica paella de arroz con conejo.

Nuestros padres cuentan que en su juventud este día cobraba un matiz diferente, poniéndose de manifiesto la rivalidad existente entre los dos bandos del pueblo, que se denominaba cuadrilla de «la perla» y «el estori». Todos los mozos y mozas partían con sus respectivas orquestas y, al atardecer, se reunían en la plaza del pueblo, rodeando la fuente, cantando canciones alusivas al son de las orquestas.

Muchos estudiosos han encontrado diversas explicaciones, pero cada una encaja perfectamente, con lo cual resulta difícil, casi imposible, darle la exclusividad a cualquiera de ellas. Unos dicen que las confeccionaban las viejas para entretener a los moros en su lucha contra los cristianos; otros aseguran que se trataba de festejar la proximidad al final de los sacrificios cuaresmales. Y así, cada uno, va lanzando sus hipótesis, siempre discutibles.

La realidad es que los sufridos intentos por desplazarnos a épocas anteriores para averiguar y conocer el sentir de nuestros antepasados siempre resultan fallidos, porque cada época se ve marcada por connotaciones culturales diferentes que la distinguen de otras pasadas.

Es fundamental que todos juntos luchemos por la recuperación de aquello que nos define y que mantiene viva nuestra cultura, porque, como nos dice Sanchis Guarner, «el mundo se empobrece cada vez que desaparece una cultura. El exterminio de una lengua, una cultura y de un pueblo son una sola y misma cosa».